

Jorge García Usta fue el jefe de prensa del Festival de Cine de Cartagena. Una de sus luchas fue sacar el festival de las salas de cine y llevarlo a barrios, plazas y escuelas. Víctor Nieto, fundador del Festicine, y amigos que lo acompañaron en esa tarea, lo cuentan.

# Tomas de Jorge García

POR AUGUSTO OTERO HERAZO

**D**on Víctor no quiere hablar de eso, de pronto te dice algo, pero lo dudo”.

Esto me lo advirtió un empleado del Festival Internacional de Cine de Cartagena, cuando le pregunté si Víctor Nieto quería hacer algunos comentarios sobre el paso del periodista y escritor Jorge García Usta (1960 – 2005) por el Festicine. Pregunté porque me habían contado que al presidente y fundador del festival más antiguo de Colombia lo perturba hablar de quien fuera su amigo y colaborador, fallecido el 25 de diciembre del año pasado.

Y en efecto así fue. Don Víctor, con algo de fastidio al principio, luego un poco resignado, me dijo que él hablaba del festival, de más nada. De todas formas deslicé la pregunta y lo poco que alcanzó a decir, con palabras un poco atropelladas, fue que Jorge García llegó al festival sin que él se diera cuenta. “Yo no lo llamé, él se fue metiendo y su trabajo me pareció valioso, después se quedó y usted ya sabe todo lo que hizo”.

Guardó silencio un instante, con la mano se acomodó el pelo que la brisa le había revuelto, y luego dijo: “era un hombre serio, eso sí, no era un tipo fácil, tenía la virtud de que no se dejaba manosear de nadie... muy valioso”... (silencio) (...) “Estaba en todo, de esos hombres no se consiguen todos los días, un tipo brillante que le tenía mucho cariño a esta ciudad y siempre pidió respeto para ella”. Y no dijo más. Le insistí en que me contara alguna anécdota especial o un momento de tensión en su amistad, si alguna vez

lo hubo, pero no, don Víctor guardó silencio, y se despidió: “Ayúdanos con el festival”, fue lo que dijo y enseguida se dirigió a su oficina.

— ¿Don Víctor, cuántos años duró Jorge acá?, lo interrumpí.

— “No sé, fueron muchos”, respondí, y ahora sí hasta la vista.

Efectivamente fueron muchos y muy intensos. Más tarde pregunté a otras personas vinculadas al Festival, y todos decían en principio: Ufff!!!!, eso fue hace rato. Luego sacaban cuentas y la conclusión es que fueron 18 años al frente de la oficina de prensa del Festival. 18 años en los que García Usta entregó la disciplina y el entusiasmo por el trabajo que todo el mundo le reconoce. Porque “era una bestia de trabajo”, como lo recuerda su amigo, el poeta Miguel Iriarte.

En la semana del Festival, García Usta empacaba algunas cosas y se registraba como un huésped más del Hotel Caribe. Desde muy temprano estaba en la sala de prensa despachando boletines, coordinando los habituales conversatorios con actores, directores o productores; presentando una nueva publicación de cine, orientando a algún foráneo despistado, a veces quitándose de encima a un cinéfilo intenso, y atendiendo por “raticos” a sus amigos, a los que no abandonaba por ocupado que estuviera.

Así se la pasaba, sólo se escabullía entrada la noche, cuando se le encontraba por el Centro de Convenciones viendo alguna película, comentando la programación, o resolviendo algún entuerto.

La semana del festival era la más intensa, sin embargo, no es que descansara el resto del año. Por el contrario, era común verlo en reuniones con Emeri Barrios, Freddy Badrán y Orlando González, sus amigos y compañeros de lidia, planeando la fórmula para que el cine que se proyectara en el Centro de Convenciones o en las salas de los centros comerciales, llegara a las escuelas más pobres, a las bibliotecas y centros comunitarios, a la universidad, al público infantil. Cómo trasladar a La Boquilla una creación de Román Chalbaud o Miguel Littín.

Y lo consiguieron. Que lo diga el gestor cultural Orlando González, quien hizo la primera programación alterna en la biblioteca comunitaria del barrio La Puntilla. “Allí comenzamos y luego se llegó a escuelas y corregimientos, era la primera vez, y probablemente la única, que en estas personas podían ver cine”, me comentó González.

Por esta vocación de llevar el arte a los espacios más generosos posibles es que recuerdo claramente las palabras del padre Rafael Castillo, la tarde en que oficiaba la misa de despedida de Jorge García: “hay que meter bien adentro la simiente de la cultura que no victimiza ni genera dependencias sino que da autonomía”. (...) “En otras palabras, que tanto el Festival de Cine como la gesta de independencia sigan saliendo más allá de las murallas, donde la creatividad y el arte también son posibles para todos”.

Por todo esto, la ausencia de Jorge García Usta será tan notoria en cada uno de los espacios en los que trabajó para que este fuera un festival no solo con reconocimiento en Iberoamérica sino con proyección en toda una ciudad.

Como lo dijo don Víctor Nieto, Jorge García llegó por su oficina sin mucho ruido, y así lo hizo en tantos otros espacios de la cultura en Cartagena. Y de la misma forma se fue, con la diferencia de que ahora si lo notamos y sobretodo, lo extrañamos.